

EXCMO. É ILMO. SR. D. JOSÉ DEL REY GONZÁLEZ

Con el mayor gusto publicamos hoy en esta Revista el retrato del distinguido jurista cuyo nombre encabeza estas líneas, hijo del conocido hombre público, el Ilmo. señor don Joaquín del Rey, Gobernador civil que había sido de varias provincias. Nuestro biografiado nació en Sevilla, siguiendo sus estudios en la Universidad de Granada, en cuya capital ejerció la profesión de abogado, y ha pertenecido durante muchos años á la Magistratura, en la cual es muy considerado por su rectitud y celo, bien demostrado todo ello en las múltiples y especiales comisiones que le fueron confiadas; habiendo desempeñado varios cargos, precisamente en Cataluña, entre ellos, los de Promotor fiscal de Solsona y Vilafranca del Panadés, Magistrado de Tortosa y fiscal de la Audiencia de Lérida, donde, por motivos de salud y á su instancia, fué jubilado.

Es jefe superior honorario de Administración civil, Caballero de Carlos III, y se halla además condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica, que obtuvo libre de gastos y á propuesta del Ministerio de Gracia y Justicia, por servicios extraordinarios prestados en la carrera: pertenece á las Sociedades Económicas de Barcelona, Madrid, Sevilla y Lérida; Academias de Legislación y Jurisprudencia de Madrid y Barcelona, y de Derecho de esta última ciudad; ostentando otras distinciones no menos honorosas. Su buen nombre como Magistrado y las relevantes prendas personales que tanto le distinguen, hacen que en esta capital goce de generosas simpatías; constándonos que por ella siente verdadero entusiasmo, cual si fuera su país natal; quizá también por los estrechos lazos que le unen con una conocidísima familia catalana.

LO ABSOLUTO

Era Rosa la muchacha más linda que nació de padres. Rica, de quince años é inteligente al propio tiempo que instruída, todo le sonreía. Era la gloria de los suyos y jamás había tenido un capricho que al punto no quedara satisfecho. A los quince años todo habla de amor, y Rosa quería un novio que fuera muy guapo, muy valiente, muy bueno.

Un día llegó á la Corte de su padre un hidalgo que acudía desde lejanas tierras, atraído por la fama de belleza de que gozaba la princesita. Verlo y enamorarse de él, todo fué uno para Rosa. Verdad es que el manco era apuesto y guapo y fino como nadie.

Tres meses después se celebraron las bodas. Pero al poco tiempo estalló una guerra, y su marido en vez de volar á la frontera, permaneció rendido á sus plantas murmurando la eterna canción del amor. Y mientras su padre exponía su vida en los combates, cuando algunos de sus hermanos caían ensangrentados bajo los golpes de las armas enemigas, su marido no se apartaba de sus faldas y, sin cuidarse de lo que acontecía en la frontera, sólo pensaba en componer madrigales, en ataviarse con nuevos trajes y preseas.

Y Rosa empezó á comprender que la belleza, por sí sola, no basta para realizar la felicidad de una mujer.

Murió su esposo, de miedo, un día que los enemigos asaltaron el regio alcázar, y la princesita quedó viuda.

Gracias al valor de un joven caudillo, fué vencido el enemigo, afianzado el trono de su padre y devuelto su esplendor al reino.

Rosa, después de llorar á su primer marido todo el tiempo que lo triste del caso requería, se enamoró perdidamente del capitán osado y victorioso que con un puñado de hombres supo reconquistar un reino para ella. No era un prodigio de belleza el mozo; pero en sus facciones varoniles resplandecía tan serena audacia, en sus movimientos rápidos, en su andar firme y reposado se advertía tanta fuerza, que no había doncella que por él no suspirara.

Rosa casó con él. Durante una temporada se creyó la mujer más feliz de la tierra; pero en una ocasión su marido mató ante sus ojos á un infeliz que, después de haberle ofendido, imploraba compasión, temeroso y desesperado.

La princesa sintió como una repulsión invencible hacia su esposo, y éste no tardó en sucumbir, luchando contra un pueblo enemigo.

¿Cómo no había advertido Rosa hasta entonces la bondad del mayor-domo de palacio? Era muy joven aún, y ya en todo el reino se hablaba de su bondad sin límites, del agrado con que escuchaba las quejas de los miserables, de la largueza con que socorría á los necesitados, de su nobleza, de su inteligencia, de la admirable compasión de que daba continuas pruebas. Y Rosa se enamoró de él, pensando que por fin había dado con el hombre que realizaba todos sus ensueños.

La boda estaba ya preparada. Habían empezado las fiestas en honor de los cónyuges futuros.

Cuando Rosa iba á pronunciar el ansiado sí, nubláronse sus ojos, desmayó su cuerpo y cayó sin vida sobre las losas.

La desdichada moría cuando le esperaba la suprema felicidad. Y moría por eso, porque la felicidad no existe en este pícaro mundo.

A. RIERA



PROYECTO DE CANDELABRO. — Escultura de RAFAEL ATCHÉ.

CAMBIAR Á DESTIEMPO

VEINTE años sufrió de matrimonio el tío Mostillo, el de Lécera, con la tía Dorasnilla, que fué peor que sufrir veinte años de galeras, porque ya lo decía él:

—Ni lo que se ice un momentico himos estao en paz en jamás de los jamases. Eso no es mujer; eso es un gripio. Siempre corrompiéndome las oraciones; continuamente contraciéndome; en diciendo que no himos estao concuerdes ende que nos casamos ya está dicho todo.

Agriáronse de día en día los caracteres de ambos cónyuges y su casa era un infierno. En todo había motivos para cuestionar.

—¿De ande vienes, calzonazos?—solía preguntarle ella cuando le veía entrar—ya te güelo; de la taberna. ¡Perdido, más que perdido, si estás calamocano!

—¡Ridiez! calamocano y no hi probao el vino... Mía que eres indizadora... ¡mala bruja!

—Si, has estao con el tío Tonto, el borrachín...

—Justamente hi estao con el tío Agudo, que no bebe más que agua.

—¡Así te diera el sarrampión!

—¡Así te diera á tú el moquillo!

En la mesa salían á escándolo por comida.

—Esto está jauto—decía el tío Mostillo.

—¡Jauto! ¡Válgame las almicas del Purgatorio, si no se pué comer de sa!o!

—Tú no tienes paladar.

—Y tú no tienes vergüenza.

Después se tiraban los platos y el tío Mostillo salía á la calle tan lleno de grasa que le lamian los perros.

La tía Dorasnilla le propuso el divorcio multitud de veces; pero á él no le daba la gana consentir.

—Cuesta muchos dineros,—decía—y á más,

lo que ella se riría por habese salido hasta en eso con la suya... No me peta,

¡vamos! ¡Antes me iría á Argel!

—Pues basta que se opusiera él para que ella le marease á todas horas con la misma canción. ¡El divorcio! ¡el divorcio! Y cuando ni siquiera se hablaban, por llegar su enfado al período álgido, el infeliz hallábase en los bolsillos de la chaqueta con trozos de periódico señalados con cruces. Los le'a.

—¿Qué ice aquí? ¿Que el conde y la condesa de tal se han divorciado? ¡Cosas de condeses! ¿Y esa otra señalica? ¿Que echan en el teatro *Divorciámonos*? Paice que hasta los papeles que traen de Zaragoza van contra mí...

—No, y no, y mil veces no! No se saldrán con la suya.

Que se divorcie ella. Lo que és yo no he de divorciarme ni una miajica así...

Un día, hastiado de la mala vida que le hacía pasar su Dorasnilla, fué el tío Mostillo y se murió.

Y como á todos los de Lécera que se morían, al siguiente día le fueron á enterrar.

Su mujer lloraba mucho junto al ataúd, según costumbre.

Ya iban á tapar la caja para llevarse al difunto cuando éste, que resultó no ser tal difunto, se incorporó de pronto, abrió los ojos, y comprendiendo por el llanto de su esposa la pena que le embargaba tuvo un arranque noble. Alzó la voz y gritó:

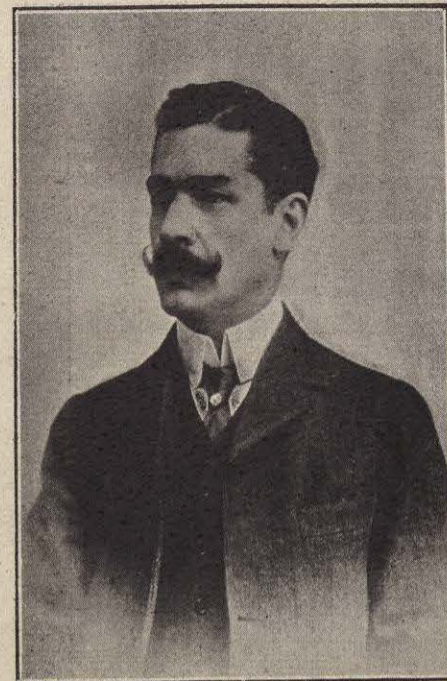
—¡Pus ahora quio yo el divorcio! Hi de dar gusto á mi mujercica.

Pero ella, para no dárselo á él, exclamó dirigiéndose á los presentes:

—No le han de hacer ustedes caso. Esos son cosas de cadavres.

Y luego al tío Mostillo:

—Amos, hombre, anda al camposanto, que es ande tiés que dir. A la hora de la muerte no es hora de contradicciones.



EL ESCULTOR SEVILLANO JOAQUÍN BILBAO
AUTOR DE LA ESTATUA DE CÁNOVAS DEL CASTILLO



MONUMENTO Á CÁNOVAS DEL CASTILLO EN MADRID.

BELLAS ARTES

El bonito cuadro de Dionisio Baixeras que figura en la primera plana de este número, es uno de los mil pequeños episodios que el artista, con su temperamento refinado, sabe sorprender y poner de relieve, logrando que adquieran importancia, cuando pasan inadvertidos por la generalidad al verlos en la naturaleza.

Pocos, como Baixeras, han sorprendido el carácter íntimo y pintoresco de nuestros marinos, y sus cuadros están impregnados siempre de gran sabor local; hablan nuestro idioma; respiran nuestras auras.

El pintor de asuntos militares, José Cusachs, ha dejado por un momento uniformes y armas, para trasladarnos á una escena perfectamente burguesa, sin prescindir, por supuesto, de los caballos, que son elementos indispensables en toda composición suya.

Percance en el camino, cuyo asunto se adivina por el *break* que se ve en el fondo, le presta ocasión á que luzca su dominio en la pintura de caballos, presentándonos cuatro hermosos ejemplares de tiro, conducidos al abrevadero, en tanto se recomponen los desperfectos del coche y descansan las dos elegantes viajeras que lo ocupaban.

Cusachs hace algún tiempo que tiende á acabar más, á perfeccionar su técnica, como puede verse en la atildada corrección de este cuadro, que podría hacer *pendant* con otros expuestos en el Salón Parés, el *Descanso en la caza*, de muy parecidas cualidades, aunque más rico de color.

Este cambio débese tal vez al mismo abandono temporal de los asuntos militares, cuyas violencias de color, por lo común chillonas, poco se prestaban á refinar la paleta.

Por esto aplaudimos su evolución, que, dados los conocimientos que posee, hacen infinito el campo de sus inspiraciones.

El joven, cuanto activo Julio Borrell, nos ha favorecido con una *Cabeza de estudio* al pastel, tratada con largueza de mecanismo y dibujada con corrección.

No queremos dejar de decirle, que nos gusta más por este camino que por el de la composición que no cuenta con más base que su potencia imaginativa, reconocida por todos, mas que no basta á crear obras duraderas si no va acompañada de la directa observación de la naturaleza.

FRANCISCO CASANOVAS

JOSÉ CUSACHS



UN PERCANCE EN EL CAMINO

Salón Robira (Fernando VII, 59)